



fensa fueron La-Ripa, Simón, Betbezé, Velasco y Marín.

Con la toma de las dos posiciones avanzadas, los franceses pudieron vadear el Huerva, reduciendo á los zaragozanos al estrecho recinto que limitaban sus débiles tapias. Al otro lado del Ebro, Gazan, inundando los campos que separan al arrabal de los molinos que surtian de harinas á la población, redujo también á aquellos moradores á suma estrechez, y amenazó á la ciudad heroica con los horrores del hambre, que en efecto, se hicieron sentir bien pronto. Los defensores, sin embargo, cada día más animosos, ocuparon las casas de frente al invasor, que las familias abandonaban, para disputarle por pasos el terreno.

No quisieron los franceses aventurarse al asalto sin levantar más cercanas otras baterías, que formaron una tercera paralela, cuya extremidad derecha se aproximaba á cuarenta toesas del Ebro, y la izquierda hasta frente de la puerta de Santa Engracia, comunicándose por aquí con la paralela del centro: añádanse con esto ocho baterías á las que habían jugado hasta entonces. Para impedir su construcción, los defensores hicieron salidas tan temerarias y gloriosas como vanas, siendo digna de mención especial la que dirigió D. Mariano Galindo, que atravesó la segunda paralela, é intentó clavar en la primera la batería de morteros número 6, dirigida contra Santa Engracia.

También fueron estériles los esfuerzos de la gente que por fuera se había reunido para venir en socorro de la capital. Por la parte de Híjar vagaba una partida acosando al general Vathier que había ido con mil ochocientos hombres á acopiar víveres en aquella comarca. La persiguió éste, y la derrotó en Alcañiz. Más cerca de Zaragoza, por Villafranca, Leciceña y Zuera, andaba D. Felipe Perena con una división informe de cuatro á cinco mil hombres que sólo la exageración pudo hacer temibles á franceses. Luego que se acercó á ellos Mortier, desaparecieron sus cuidados, y nada estorbó ya las faenas del sitio. A eso se redujeron los grandes ejércitos que los generales franceses y algunos escritores supusieron que auxiliaban á la ciudad. Zaragoza no tuvo más auxilio que

la fecunda inspiración del peligro ni otra esperanza que su propio valor.

Lannes, restablecido de su indisposición, corrió á ponerse al frente de su ejército, y en tanto que se disponían los preparativos de asalto, brindó á Palafox con una generosa capitulación. Después de hacer una pintura harto triste y exacta del estado general de la nación á consecuencia de las derrotas de la Coruña y Uclés, concluía diciéndole: «Si á pesar de esta exposición, persiste V. en defender la plaza, sería muy reprobable. Considere V. con reflexión que sus cien mil habitantes serían víctimas de una obstinación imprudente:» amenaza á que contestó el caudillo español con la misma arrogancia que á Moncey.

En su vista, así que estuvieron terminados tres puentes sobre el Huerva, y en la orilla opuesta dos plazas de armas donde pudiesen reunirse las fuerzas destinadas al asalto, empezó de nuevo el 26 un horroroso bombardeo. Al día siguiente los cincuenta cañones que maniobraban particularmente sobre el centro y la izquierda habían abierto cuatro brechas, tres de ellas practicables, siendo la mayor la del centro, donde los defensores no tenían más que el convento de Santa Engracia, reducido á escombros. Al punto se puso en movimiento todo el ejército sitiador. La columna que acometió por más bajo de San José, sin detenerse por el estrago de dos hornillos que los defensores hicieron volar, atravesó la brecha, y ya se preparaba á descender el declive que conduce á la ciudad, cuando se ofreció á su vista un retrinchamiento con dos piezas de artillería. Corrió á su auxilio un refuerzo; pero el fuego que salía de aquel boquete era tal, que los invasores tuvieron que detenerse en la cima de la loma, abrigándose en un alojamiento allí ligeramente construido. Los que acometieron por frente á San José también salvaron la brecha, y lograron posesionarse de la casa del frente, derramándose á derecha é izquierda; pero detenidos por otra batería, hubieron de limitarse á la ocupación de una casa aislada, de la cual por dos veces fueron desalojados. No fué más venturosa la embestida por Santa Engracia. Fueron ocupadas sus ruinas y el convento de las Descal-



zas inmediato, desde donde pudieron los franceses desalojar á los españoles de la larga cortina que se extiende á Torre del Pino. El temor de que fuese entonces atacada por dentro y por fuera de la ciudad la puerta del Carmen, hizo que se abandonase igualmente el lienzo que conducía á ella. Los franceses empero no se atrevieron al ataque interior, y en el que verificaron por fuera rechazó la batería que enfilaba la calle del mismo nombre. Dirigiéronse por esto contra el convento de Trinitarios descalzos, situado extramuros, del cual quedaron dueños por el oportuno socorro que les llevó el general Molot cuando los zaragozanos en una salida habían logrado ya entrar en el edificio. Más de ochocientos hombres costó á Lannes solamente esta embestida y en la misma relación estuvo el precio de las demás adquisiciones hechas en este asalto general. «Todos estos movimientos, dice un militar francés que asistió á él, nos costaron muchos valientes por la estéril gloria de arrojar al enemigo de algunos puntos de la muralla que se veía comprometido á abandonar sin resistencia por la posición que ocupábamos en Santa Engracia, y principalmente en las Descalzas.»

Las plazas más fuertes, defendidas por guarniciones aguerridas, habrían creído haber hecho bastante por su honra y por la gloria con lo hasta aquí relatado: Zaragoza no había hecho más que principiar la defensa que debía immortalizar su nombre. Los dos días siguientes fueron de un incesante y horroroso luchar, del cual sólo podemos referir los episodios más importantes. Los conventos de San Agustín y Santa Mónica, que tenían empezada la brecha fueron asaltados en vano con el más tenaz empeño. Una casa de la manzana contigua al convento de Santa Engracia, ocupada á la vez por franceses y españoles, fué teatro de un combate personal tan encarnizado, que para poseerla aquellos de algún modo se vieron en la necesidad de volarla con doscientas libras de pólvora. En otra casa, de dos pisos y aislada, la única que les faltaba conquistar para desembocar en la calle de Puerta Quemada, cansados ya de dos días de inútiles embestidas, quisieron hacer lo mismo cuando después de penetrar en ella y

de combatir de cuarto á cuarto, se persuadieron de que no conseguirían desalojar á los españoles. Encontrándose en el sótano con éstos llevados del mismo designio, se trabó una lucha cuerpo á cuerpo más porfiada, que terminó quedando los nuestros dueños del edificio al tercer día. Contra el convento de Trinitarios hicieron los zaragozanos dos salidas, logrando en ambas con imponderable valor romper la puerta y penetrar en él: pero un revestimiento interior de sacos de tierra, los contuvo y obligó á retirarse. Una mina que se abrió en seguida para destruir aquel molesto enemigo, no tuvo efecto por falta de pólvora. «La toma de cada edificio, diremos por último con unos escritores franceses, hablando de los ataques de aquellos tres memorables días finales de Enero exigía un asalto formal. Movidos los zaragozanos por el doble estímulo de la libertad y la religión, se defendían de piso en piso, y de aposento en aposento. Los frailes recorrían las calles con las armas en la mano, animando á unos al combate y obligando á otros á trabajar en las baterías y fortificaciones, haciendo ellos lo mismo con sus propias manos, y ocupándose, como en el primer sitio, en la fabricación de pólvora y cartuchos. Palafox, en una de sus proclamas había excitado á las mujeres á imitar el valor y génio marcial de las antiguas amazonas, y respondieron á su llamamiento la mayoría de ellas, obteniendo muchas que sobresalieron recompensadas y condecoraciones militares. Los franceses distinguieron en las filas de sus enemigos una porción de damas elegantes, armadas con fusiles, pistolas ó sables, animando á los oficiales con el poderoso ejemplo de una bravura extraordinaria y acaso con la esperanza de la más grata recompensa que puede ofrecer la beldad á un guerrero valeroso.»

En efecto, uno de los rasgos que más brillaron en aquella magnífica epopeya, fué el de Manuela Sancho. Cuando los viejos paredones de San José caían á trozos, sepultando á sus bravos defensores, se vió en medio de una nube de polvo á esta jóven serrana, de veinticuatro años, con el fusil en la mano, sobre las ruinas, haciendo fuego, con la impavidez de un guerrero. La famosa desde el primer sitio Agustina



Aragón también reprodujo en éste las hazañas con que antes se había atraído la admiración universal.

El mérito de esta heroica resistencia no se apreciara exactamente si no manifestásemos el estado á que había llegado la ciudad por efecto de la escasez de alimentos. Duraba ya tres semanas el bloqueo y el bombardeo, acumulando en su recinto los estragos de la guerra y las angustias del hambre, y haciendo conocer, aunque tarde, cuán indiscretamente se había procedido al conservar dentro de Zaragoza más gente armada de la precisa para la defensa. Un pan escaso y mal elaborado, produjo, con la acumulación de familias en algunos cuarteles, con la corrupción de cadáveres apilados en las calles y en los patios, con la influencia de una atmósfera constantemente viciada, una epidemia que llegó á devorar trescientas cincuenta víctimas al día, y en algunos hasta quinientas. Faltaron alimentos, porque se pusieron á un precio generalmente inaccesible: una gallina, por ejemplo, cien reales; faltaron medicamentos, camas, enfermeros; de suerte, que los afortunados á quienes perdonaba el hierro de los enemigos, venían á perecer miserablemente, abandonados en los hospitales.

Este cuadro desgarrador, patente á los ojos de todos, á nadie, sin embargo, acobardaba. En la defensa de las tenerías, sucumbieron, todavía, muertos ó heridos, cerca de mil cuatrocientos hombres. Los conventos de Santa Mónica y San Agustín, perdidos al fin el día 31 y el siguiente, sirvieron también de sepultura á muchos valientes. Los franceses combatían ya con la mina más que con la espada y el cañón. Por su parte los españoles habían tomado la resolución magnánima de incendiar las casas que ya no podían sostener; y así fué como por espacio de algunos días consiguieron defender el seminario y el convento de las monjas de Jerusalem: prodeándose de llamas!

Los soldados franceses comenzaron á murmurar de sus generales, que los conducían al matadero inútilmente. Era, en efecto, el día 7 de Febrero, y aún no habían podido llegar hasta la espaciosa calle del Coso, que cruza casi por

el centro de la ciudad. Un nuevo ataque se combinó con el del arrabal para apresurar aquella lenta conquista, que tanta sangre costaba. Veinte cañones, batiendo por espacio de dos horas el convento de Jesús, situado á la derecha del camino de Barcelona, lograron que las tropas de Galán se posesionasen de una parte del edificio, en la cual se atrincheraron; pero dentro de Zaragoza los tres días siguientes, 8, 9 y 10, por la noche, los invasores ensayaron inútilmente pasar al otro lado del Coso por medio de una doble caponera abierta al extremo de la calle de Enmedio, que ocupaban. Más afortunados los que se habían apoderado del hospital volando dos hornillos, atravesaron la calle de Santa Engracia por una galería que les permitió preparar un hornillo con tres mil libras de pólvora, cerca del convento de San Francisco. A favor del terror que produjo la explosión, los que la esperaban se lanzaron al edificio y lo ocuparon; mas los defensores, volviendo de noche, se subieron al campanario, agujerearon la bóveda, y por aquellas imprevisas troneras arrojaron sobre los franceses tanta granada de mano, que les precisaron á alejarse precipitadamente de la iglesia. Para recuperarla á la mañana siguiente, tuvo Lannes que sacrificar no poca gente.

Renováronse entonces las murmuraciones de sus soldados viendo que la conquista no adelantaba cuanto deseaba su impaciencia. Y gracias á las seguridades que se les dieron de una pronta rendición ó esterminio á consecuencia de las bombas, las minas y las enfermedades que consumían la población, se prestasen de buen grado á hacer el último sacrificio que se les pidió.

Un nuevo ataque, vigoroso y simultáneo al arrabal y dentro de la ciudad, se esperaba que traería el apetecido desenlace de aquel largo y sangriento poema que todos escribían con su propia sangre. El día 18 rompió Gazan otra vez el fuego con cincuenta cañones, que maniobraban á un tiempo sobre la masa del arrabal, el puente que lo ponía en comunicación con la ciudad y la iglesia de Nuestra Señora del Pilar, tan venerada por los aragoneses. Así que fué practicable una brecha abierta en el mag-



nífico convento de San Lázaro inmediato al puente, una columna de antemano preparada se lanzó á él y á las casas vecinas, con cuya ocupación se decidió la suerte del arrabal; porque sus defensores, viendo cortada la retirada y careciendo de medios para resistir á tan tremenda granizada de proyectiles, emprendieron la marcha por la orilla del Ebro, adonde fué á alcanzarlos y hacerlos prisioneros la caballería enemiga.

Dos mil hombres fuera de combate no fueron lo más lamentable de esta pérdida, sino que dueños de la margen izquierda del Ebro los sitiadores, pudieron dirigir sus formidables baterías contra aquel frente de la ciudad. El mismo día 18, los minadores, habiendo atravesado la calle de la Puerta del Sol, volaron dos hornillos practicados debajo de la universidad, y por las brechas que hicieron se precipitaron dos columnas que se apoderaron de casi todo el edificio. El resultado inmediato fué extender algo más su dominio en la ciudad, y prepararse para un suceso horrible en cuyo éxito cifraba Lannes la posesión de las ruinas que había hecho. Seis galerías abiertas á través del Coso hasta debajo de las casas de la acera opuesta á la que ocupaban los sitiadores, debían reventar á la mañana siguiente con tres mil libras de pólvora cada uno de sus hornillos.

Por fortuna, la imposibilidad de prolongar la defensa evitó la espantosa catástrofe con que se trataba de coronar la conquista. De los cuarenta mil defensores que había al empezar el sitio, sólo existían cuatro mil en aptitud de manejar las armas; catorce mil yacían en cama ó convalecientes, y el resto de aquella valerosa guarnición había perecido bajo los terribles azotes de la guerra, la miseria y la epidemia. La ciudad era un montón de cenizas y de cadáveres; ardía por muchas partes, y por todas las calles se oían lamentos de moribundos. No era ya posible soportar la escasez y mala calidad del alimento. Palafox, por último, el ídolo de los zaragozanos, había caído en cama de la epidemia y ya no regia hacia dos días la defensa, que quedó encomendada á una junta numerosa presidida por el regente de la audiencia.

Ocho votos, de treinta y cuatro, opinaron todavía contra la rendición, sabiendo bien que ningún socorro era posible. Pero al fin se le enviaron á Lannes en nombre de Palafox las condiciones, que eran, con poca alteración, las mismas que él había días antes ofrecido. Desechadas por tardías, pidió la junta suspensión de hostilidades, que obtuvo, para entablar inmediatamente las negociaciones. El general francés, irritado de tan larga y mortífera resistencia, exigió la entrega á discreción, prometiendo únicamente respetar las mujeres y los niños, hasta que el presidente de la comisión, Ric, le hizo entender que Zaragoza no se entregaría nunca á merced del enemigo, pues aún tenía «armas, municiones, y sobre todo, puños.» Dicitó entonces una capitulación, sin querer detenerse ante las observaciones que sobre ella se hacían; pero sí dijo al hablar de Palafox, que empeñaba su palabra de honor de dejarlo en plena libertad de permanecer ó marcharse, como á todo el que lo pretendiese, y que no lo consignaba así entre los artículos porque nunca un individuo podía ser objeto de una capitulación. Por lo demás prometió solemnemente respetar vidas y haciendas.

Hacemos notar estos pormenores, referidos por el respetable magistrado Ric, porque ellos demuestran la perfidia cometida por los franceses desde el momento en que se posesionaron de la ciudad heroica (el 21). Al punto se dirigieron á casa de Palafox, cercaron su lecho y le despertaron á gritos del sopor que embargaba su espíritu, después de dos días de una cruel agonía, para llenarlo de reconveniones é insultos.

No temieron deshonorarse insultando á un moribundo. Arrancado del lecho apenas recobró los sentidos, lo condujeron prisionero á Francia, donde permaneció encerrado y con privaciones en el castillo de Vincennes hasta la restauración de 1814: mancha que empañará eternamente la gloria de Napoleón. ¡Digna era, sin duda, de la estimación de un hombre grande el alma fuerte á quien sus soldados hallaron con un hornillo de pólvora y la mecha encendida al pié del lecho en que yacía espirante! Preguntado por Lannes con qué objeto lo había



llevado allí;—«Para no verme, le respondió, en el extremo de capitular.»

Dignos eran también de respeto aquellos soldados bisoños y aquellos tranquilos moradores que tantos prodigios hicieron de valor. Un sacerdote, vestido un día con sus hábitos clericales, se adelantó desde el arrabal hasta hallarse á unos cincuenta pasos de uno de los puestos avanzados de la división de Gazan; desde allí conjuró á los soldados á que abandonasen el suelo español; y cuando, vueltos ellos del asombro que les causó tal audacia, le hicieron fuego, se restituyó tranquilamente junto á los suyos á inflamar su coraje. Otro religioso, en una de las salidas que se ejecutaron el día 31 contra el convento de Trinitarios, marchaba al frente de los asaltadores con el crucifijo en una mano y el sable en la otra, exhortando á éstos y animando á aquéllos, juntos en un sólo hombre el sacerdote y el soldado de la patria. «Defendían los españoles, dice el barón de Rogniat admirado, una torre sin salida que era indispensable petardear para abrirse paso; más no fué posible desalojar de ella á los sitiados sin arrojar muchas bombas en los aposentos mismos que ocupaban. Habiéndose desplomado á la explosión de una de ellas todas las bóvedas hasta el sótano, los polacos se descolgaron á él con cuerdas y vinieron á las manos con los españoles, que se defendieron todavía, siendo preciso para triunfar de su constancia recurrir á un valor feroz que, peleando en medio de las tinieblas, perseguía á los enemigos entre las mismas ruinas, para medir con ellos sus fuerzas ó quedar sepultados indistintamente.» Otro historiador ha encerrado los hechos heroicos que con tanta prodigalidad se vieron allí en estas breves frases: «Cada casa, cada edificio contaba tres ataques formales: uno para aproximarse, otro para posesionarse del interior (éste que era el asalto), y otro, que era siempre el más obstinado y difícil para establecerse en las ruinas.»

Sin embargo, los prisioneros de Zaragoza, objeto de la misma saña del soldado francés que de sus generales y de Napoleón lo era Palafox, fueron robados en el tránsito á Francia, y no pocos perecieron bárbaramente fusilados sólo porque, recién salidos de los hos itales, no

podían andar al paso de sus conductores. El robo se ejecutó también en muchas casas acompañándolo de atropellos brutales. Pudiera atribuirse todo al desenfreno de la soldadesca irridada, si los generales franceses no hubiesen demostrado su villanía de un modo patente. Ellos despojaron, á título de regalos que les hacía la junta, de sus mejores alhajas al templo de la Virgen del Pilar, por valor de dos millones y medio de reales. Lannes mismo fué quien ordenó tres días después de la capitulación el inicuo y bárbaro suplicio de los de dos de los más ilustres defensores de Zaragoza. El padre Basilio Boggiero, el antiguo maestro de Palafox, uno de sus más entendidos consejeros durante los sitios, y el presbítero Sas, el patriota ardiente y guerrero sin igual, que á la cabeza de los voluntarios de la parroquia de San Pablo tantas veces humillara á los franceses, arrancados de noche de sus casas y conducidos silenciosamente al puente de piedra, fueron muertos á bayonetazos por su escolta, y arrojados sus cadáveres al río para ocultar el secreto de tan abominable asesinato. Napoleón sabía bien que ocultaba su afrenta al impedir que se publicase en ningún periódico francés la capitulación de Zaragoza.

Preciso es admirarse de que tales venganzas se consumasen por almas á quienes debían haber engrandecido las victorias, y á la vista del lúgubre cuadro que su víctima ofrecía. Franceses son los que han escrito esta triste pintura que trascribimos: «La ciudad entera presentaba un horrible espectáculo: las casas, acribilladas por las balas de cañón, despedazadas por las bombas, abiertas por las explosiones de mina, y otras todavía humeantes; cadáveres corrompidos sembrados por las calles, embarazando sótanos y escaleras ó medio sepultados en las ruinas; las calles barreadas con los escombros ó los traveses; el desaseo, la infección del aire, la miseria, el hacinamiento de más de cien mil individuos en una población que no contenía ordinariamente sino cuarenta y cinco mil: las privaciones consiguientes á un largo sitio... todas estas plagas habían producido una epidemia horrorosa que consumía en aquella sazón lo que había producido la guerra. Por en-



tre las ruinas y los cadáveres que llenaban las calles veíanse discurrir errantes algunos moradores pálidos, descarnados, próximos á seguir pronto á los que por falta de fuerzas no habían podido enterrar... No parecía sino que los franceses habían disputado con los españoles la triste posesión de un cementerio.» Se ha calculado, en efecto, que perecieron en los dos sitios 53,873 personas, la mayor parte en el segundo y de la epidemia, la cual al tiempo de la rendición tenía postradas en cama á más de veintiseis mil y arrojaba al sepulcro diariamente sobre seiscientos. Los cálculos más prudentes hacen subir la pérdida de los franceses á diez ó doce mil hombres.

Si á esto sólo se atendiese, necesario sería deplorar el heroísmo que atrajo sobre Zaragoza tan gran desastre. Pero no se juzgan así los hechos históricos; y no será por cierto apreciando las causas, los móviles y el influjo de la resistencia de la ciudad augusta como se pueda condenar á aquella generación ilustre, generosamente sacrificada á los más generosos sentimientos. La historia moderna no presenta, en efecto, un ejemplo semejante que señalar á la posteridad de amor patrio, de magnanimidad y

de abnegación. Zaragoza sucumbió en la lucha; pero nunca se ha podido decir mejor que la sangre de los mártires regenera las naciones. Zaragoza, abriendo sus puertas al invasor, habría ajado sus esperanzas y entregádola al yugo de un conquistador: Zaragoza, resistiéndole y defendiéndose con gloria, no sólo detuvo su paso victorioso, sino que despertó el magnánimo espíritu que siglos ántes nos había hecho célebres en el mundo. Zaragoza sucumbió, es cierto; pero después de tan grande ejemplo de virtud, sucumbió conquistando para sí vida y gloria imperecederas, y dejando en la historia una de esas lumbreras que sirven de guía á los pueblos en sus grandes tribulaciones. Napoleón mismo citaba ya ese ejemplo en 1814 á los pueblos de la Francia; y los desgraciados polacos después, y los infortunados húngaros en nuestros días, para inflamar el ardor de los guerreros y el entusiasmo de los pueblos por la santa causa de la libertad y la independencia han evocado también el nombre de Zaragoza. Entonces Europa toda se reanimó al saber que la nación de Sagunto, de Astapa y de Numancia vivía todavía.